

EL FILOSOFO DE ANTAÑO.

PRODIGIOSA VIDA,

ADMIRABLE DOCTRINA

Y PRECIOSA MUERTE

DE LOS FILÓSOFOS LIBERALES DE CÁDIZ

*Continúa el capítulo anterior.*

Yo traté por mi fortuna y para mi confusion uno de estos señoritos sábios recién venido de Francia, que á los diez y nueve años no cumplidos habia aprendido ya á echar pullas al pontífice, abominar de los frayles, reirse de las prácticas de piedad, creerse superior á todos, indignarse con los criados, disputar de quanto se habla, baylar primorosamente, amar tiernamente al sexô bello, y electrizarse á la presencia de un objeto cariñoso. Es verdad que le pregunté con sumision si poseia la religion por principios, y conocí que le hablaba en griego: le propuse alguna dificultad sobre la doctrina de Newton con relacion á la luz, y sobre el sistema de Descartes, y no se dignó contestarme: le pregunté si Sócrates hablaba de buena fé: qué le parecia del plan de privacion de Epitecto: qué juicio habia formado de los antiguos filósofos: si habia comparado su moral con el evangelio: si habia calculado

la profunda sabiduría del *abnaget semeptisum*, y las sentencias llamadas Bienaventuranzas de aquel admirable código: si sabía en qué consistía la hombría de bien y el verdadero honor, y cuáles eran las obligaciones del hombre con respecto á Dios, al próximo y á sí mismo. Conocí con claridad que pedía peras al olmo, y que era un empeño extravagante querer aprender de un liberal los necios y fanáticos conocimientos del servil: yo pasé por imprudente, y el padre, que creía ser su hijo mas sábio que Salomon, me dixo que mis preguntas exigían una edad muy abanzada. Es verdad, le contesté: para ultrajar al pontífice, olvidar la religion, despreciar al sacerdocio, burlarse de las cosas santas y censurar quanto se ignora, bastan los conicimientos de un mozo; mas para aprender los principios de religion y moral, es precisa una edad muy abanzada. Tales eran las tiernas plantas de nuestra nación, que recibían el admirable cultivo gálico-liberal.

A mas de todo esto se inventó otro medio de enervar la fuerza interior de España: las manos liberales procuraron por todos los medios posibles infundir en el corazon español la admiracion y amor á Bonaparte, y el desprecio y odio á su monarca: los papeles de París se leían con entusiasmo en España: todas las acciones del hermano Napoleon eran heroicas: no había existido un héroe á quien se pudiese comparar en los siglos que precedieron: sus retraros adornaban las mejores salas de los hermanos liberales de la cofradia española; y las hermanas del buen gusto los llevaban al cuello, en los abanicos y anillos: si se les preguntaba porqué, respondían con entusiasmo, porque es el héroe de la

Europa. Esto inflamaba el corazón del español, y lo disponia para recibir con los brazos abiertos al grande Napoleon quando viniera, y aun suplicarle se dignase ser su soberano. Los desórdenes liberales, las contribuciones enormes, el total abandono de nuestro gobierno disponia tambien el corazón de la España, para que lejos de resistir, se alegrase con la redencion francesa, que la habia de librar de un gobierno tan iniquo. Así se procuraba debilitar la fuerza interior de nuestra nacion, ni se olvidaban por esto de quitarle la fuerza externa. La iglesia debia ser ante todo despojada de sus bienes: conocian los liberales muy bien que no podia subscribir á la iniquidad: que en el lance de entregar la España á Napoleon, y tratar el pueblo de sostener su religion, costumbres é independencia podia coadyuvar poderosamente, no solamente con el incalculable influxo moral, sino repartiendo con profusion sus riquezas, como vemos que lo ha hecho de lo poco que le ha quedado: contribuciones por arriba, y préstamos por abaxo. ¿Quién podrá contar las infinitas invenciones, títulos, nombres y pretextos que excogitó para este fin la liberal familia que rodeaba al serenísimo, entre los que descollaban singularmente el venerable hermano D. Miguel Cayetano Soler, y el clarísimo D. Manuel Sixto Espinosa? Se procuraba tambien aniquilar al labrador, destruir al comerciante, despojar al artesano y robar á todo el mundo: no bastaba quitar á los españoles el numerario para que no pudieran hacer la guerra: era necesario perder la tropa, poner á su frente gefes ineptos, pero liberales (salvo tambien aquí á los expertos, católicos y valientes): debía despreciarse al militar,

dexarlo sin paga, sin comida, sin vestido para que ni tubiera fuerza, ni quisiera en el caso pelear en defensa de un gobierno que así lo ultrajaba y abandonaba. No bastaba todo esto: se debian sacar de España las tropas para que auxiliásen en el Norte al gran Napoleon, como nuestro carísimo amigo y verdadero aliado: se alejó tambien de la nacion al ínclito marques de la Romana cuyo panegírico está cifrado en su nombre, porque no habiéndose insinuado en su corazon la filosofia liberal, podia en el caso ponerse al frente de los valientes. He aquí como se allanaban los inaccesibles Pirineos para que entrase con facilidad la redencion de la Francia.

Al observar el grande Napoleón estas bellas disposiciones de España para recibir la redencion, viendo dispuestos los caminos de la península para que su felicidad progresara; conociendo que la gran familia liberal estaba no solo ramificada por la nacion, sino en disposicion de influir poderosamente en sus designios; constándole tambien que la notoria probidad estaria á su favor, determinó venir á redimirlos, ilustrarnos, y hacer felices compadecido de nosotros. Era preciso sin embargo tener algun respeto al pueblo de España, que á pesar de tanto esfuerzo habia reusado entrar en la liberal cofradia: enfermo de supersticion, barbarie y catolicismo, necesitaba de un médico muy sagaz y de un tacto muy delicado que le pudiese tomar el pulso, y condescendiendo con su debilidad, le dorase las píldoras que le propinaba. Los majaderos servilotes se hubieran indignado sin duda si hubieran entendido que los exércitos de los liberales *monsieurs* se dirigian directamente á la España. El hermano Napoleon deseaba tambien redimir y ha-

cer feliz á Portugal. Sin declarar guerra al ingles, no podia aquel reyno ser feliz; porque siempre sería una verdad que los generosos britanos han sido en todo tiempo los anti-liberales mas acérrimos de la Europa. ¿Cómo era posible que el Portugal lograra la felicidad francesa, perseverando unido á la gran Brétaña? Era preciso arrojar del occidente de la España al enemigo comun del continente, sin duda tal, y á buena luz por serlo de Bonaparte. Con la sola intencion de guarnecer los puertos de Portugal dirigió allá sus exercitos, haciendo una protesta tan solemne como liberal, de ser no solo íntimo amigo, sino tambien protector de la casa de Braganza. El gobierno portugues, que distaba infinito de cooperar á los designios de Napoleon, y carecia de la profunda sabiduría, fina política, incomparable cálculo, y demas qualidades excelentes de nuestro serenísimo príncipe y *scitotes* que le rodeaban, reusó la felicidad que le llevaban las bayonetas francesas, quiso perseverar en el servilismo católico, barbarie, supersticion é ideas rancias, y léjos de cooperar á las inocentes intenciones del cándido Napoleon, ratificó su alianza con la Inglaterra, y en vez de salir S. M. fidelísima á recibir al omnipotente árbitro de los imperios de Europa, y suplicarle se dignase derribarlo de su trono, como lo acababa de hacer con la reyna de Etruria en testimonio de su fina amistad con su carísimo aliado Carlos IV, le volvió la espalda con desaire, y marchó á la América. ¡Ah, Portugal servilon! ¡Ah raza católica y fidelísima de Braganza, quán léjos estás de conocer las ventajas de la filosofia liberal! ¡quán remota de alistarte en la cofradia de los hermanos!

El no ceder Portugal la corona en manos de Napoleon, fué un insulto hecho á su onnipotente magestad, que lo hacia acreedor á experimentar lo terrible de su venganza. La casa de Braganza (dixo entónces Napoleon al Senado de Paris) *la casa de Braganza, abandonando sus estados, perdió el derecho á la corona.* Fué lo mismo que decir: el no haberme suplicado los reyes de Portugal les quitase la corona de la cabeza, y arrebatase el cetro de las manos, para empuñarlo yo, que debo ser el único emperador del orbe, los privó para siempre de qualquier derecho á la corona. Ley, interior de conciencia, derecho natural y de gentes; ¿hay algo de violento? ¿teneis algo que censurar en esta proposicion pronunciada por el modelo de liberal rectitud, oráculo de los liberales?

En virtud de una política tan anti-liberal como la del gobierno portugues, los exércitos franceses, que se dirigian allá solo como redentores, siguieron su direccion en calidad de enemigos.

Cárlos IV, en calidad de íntimo amigo de Napoleon, debia tambien enviar sus exércitos para destronar á una hija, que reusaba entrar en la liberal cofradia: para esto era preciso nombrar un general que presidiese sus tropas. ¿Á quién habia de nombrar el pacífico rey Cárlos, el mas sagaz de los monarcas, teniendo á su lado á Manolito? Este es el encargado de los exércitos en calidad de generalísimo; es decir: sobre todos nuestros generales veteranos y serviles. Pero ¿qué suponian todos estos comparados con el hermano clarísimo? Sale, pues, de nuestra corte: pónese al frente de los exércitos: preséntase en los campos de Olivencia, que debian serlo de sus gloriosísimos triunfos ántes que de sus batallas.

Aquí llamo la atención de mis lectores. Salgan del sepulcro, si quieren aprender la táctica militar, Scipion, Anníbal, Pompeyo, Pirro, Alexandro, Dario y Xerxes: vengan á los campos de Olivencia: fixen los ojos en el generalísimo de Cárlos IV, y admiren al soldado mas sagaz y valeroso del mundo: los generales veteranos se humillaban en la presencia de este diestro general, y admiraban al ver reunidos en sumo grado en un solo Manolito lo mas diestro de la milicia, y lo mas delicado de la diplomacia: á primera vista decidia la victoria: mayor era vencido que victorioso, y parece que jugaba con los triunfos. Los anales de nuestra historia, á su tiempo correspondiente, no solo colocarán al generalísimo de mar y tierra del tiempo de Cárlos IV, superior á los generales de Cartago y Roma, sino que lo pondrán por dechado á los Geusclins y Dunois de nuestro siglo: su diligencia prevenia el desvelo de los capitanes: era agradable, sosegado, paciente: su grande moderacion jamas le permitió oir á los demas generales, ni valerse de sus consejos: era activo, pródigo y atento á reparar las mas remotas urgencias: disponia oportunamente todas las cosas: jamas confundió á los otros: prevenia las dificultades: excusaba las faltas: remediaba los yerros, y tenia todas aquellas admirables prendas, que jamas se vieron perfectamente reunidas aun en aquellos generales famosos, cuyo nombre inmortalizó la fama pregonera. Paréceme lo estoy mirando en los campos de Olivencia corriendo las filas, montado sobre un brioso caballo: su yelmo cubierto de penachos trémulos resplandece en su cabeza: la coraza que lo guarnece deslumbra los ojos del ejército que la mira: el escudo labrado de

Vulcano tiene toda la hermosura de Egide, que en él se consulta: la espada desnuda que empuña su mano diestra señala los diversos puntos que han de ocupar las columnas: la madre Vénus ha derramado en sus ojos aquella admirable luz, en su corazón aquel indecible valor, y en su rostro aquel aspecto feroz, que ántes de dar la batalla le anuncia ya la victoria: nuestros generales veteranos, olvidándose de su edad, pericia y grados, se sentían tirar de una fuerza superior que les obligaba á seguirle: no podían entrar en sus corazones los zelos villanos: todo cedía á Manolito, á quien guiaba la poderosa mano de Vénus: iba á darse ya la batalla, quando el generalísimo, no ménos piadosísimo que fuerte, quando el ínclito generalísimo levanta sus manos, é implora la proteccion de la madre diosa con estas tiernas expresiones: ó tú, incomparable Vénus, imán de mi corazón, causa de mi felicidad, y objeto de mis delicias; tú, que desde mi primera infancia te dignaste distinguirme como hijo predilecto, y darme las pruebas mas auténticas de cariño; tú, que recomendándome al intrépido Cupido, me elevaste al lugar mas encumbrado en el imperio de Cárlos, y pusiste en mis manos este baston que ahora empuño, atiéndeme ahora benigna; oye la oracion que hace tu rendido siervo; bien sabes que si mi cuerpo está en campaña, mi alma suspira por tu regazo, y anhela por tus delicias; tuyo es quanto yo tengo, y para tí quiero guardarlo. ¡Ojalá te adorara toda la tierra, como la cornamental cofradía de los venerables hermanos! percibiera entónces tus delicias. Si te conocieran esos viles portugueses; si no fuesen bárbaros, supersticiosos y serviles; si admitiendo la inaccesible luz liberal, hicieran profesion

de servirte todos los días de su vida , me uniera á ellos como hermano , y apartáran de su suelo los horrores de la guerra ; pero ellos no os adoran , no os estiman , no os conocen ; en tu mano han estado siempre mis triunfos ; en tu nombre he dado tantos asaltos ; y en la virtud de tu poder tengo rendidas infinitas fortalezas : innumerables castillos , que creían ser inconquistables cedieron al furioso ímpetu de mi batería ; si ahora me das la victoria , á vos la atribuiré solamente ; y en regresando á Madrid , en la carrera , y aun aquí mismo , prometo sacrificaros quantas víctimas se me presenten , si son dignas de vuestra grandeza.

Ya comenzaba la guerra á mover el enojo en los corazones de todos con el estruendo de las armas , y no se presentaba al sentido mas que horrosas prevenciones de batalla ; toda la campaña se miraba llena de erizadas bayonetas , y la cubrían , como las espigas á la tierra fecunda en el tiempo de la cosecha ; levántase una nube de polvo , que poco á poco hace perder de vista al cielo y tierra ; déxanse ver las sombras del horror y del extrago ; la muerte amarilla y horrible precede en su carrera al generalísimo ; trábase la batalla mas sangrienta que vieron jamas los siglos. El venerable patriarca atropella con su caballo , teñido ya con sangre portuguesa , y penetra las filas enemigas ; los muros de Olivencia caen al ímpetu de su batería delantera ; piden la paz aterrados los portugueses ; y si no detienen con la súplica al nuevo Pirro , no solo hubiera penetrado hasta Lisboa , sino enarbolado el estandarte liberal en las fortalezas de Lóndres. Tal era la intrepidez y valor de este incomparable general , tal el terror que infundia en todos sus enemi-

gos. En ésta ocasion fue quando, cansado de cortar cabezas portuguesas, cortó una rama á un naranjo, y la remitió á Maria Luisa, no solo como primicias de sus despojos, y símbolo de sus triunfos, sino de sus grandes talentos: ajusta las paces con Portugal: entra triunfante en Madrid, en medio de las aclamaciones que le dirigian no tanto las lenguas, *quanto los corazones* de los Madrileños: el rey Carlos lo recibe como al salvador de la España, y agradece á este general valeroso por los nuevos estados que con los triunfos acababa de agregar á su corona, y mucho mas al ramo de naranjas que habia presentado á su cara esposa, lo nombra duque de Olivencia.

CÁPÍTULO IX.

El serenísimo hermano continúa sus preciosas é infatigables tareas para hacer feliz á la España: dispone los caminos para la venida del hermano Bonaparte: con el gobierno liberal llega la España á aquel grado de elevacion á que jamas llegó nacion alguna: refiérese su vida interior: determina venir á visitarnos el hermano Napoleon: envia al venerable hermano Murat en calidad de su precursor: el príncipe serenísimo infunde en el corazon de Carlos la desconfianza de los franceses: empieza la España su admirable revolucion con el tumulto de Aranjuez: es preso y maltratado el incomparable Godoy: sucede el tumulto de Madrid: amedréntanse los liberales, y poseidos del terror se esconden en las bodegas.

¿Qué elocuencia bastará para manifestar la felicidad de la España con tantos y tales triunfos, con el

gobierno admirable del serenísimo, y de algunos hermanos venerables, que honran con su erudición y presencia esta gran ciudad de Cádiz! Desde que se hizo aquella venturosa alianza con el grande Napoleon, desde que se trató de activar la plantificación del gran sistema liberal, nuestra felicidad ya no cabía en el globo: nuestras armadas navales que en tiempo de Felipe II y III, y aun de Felipe V y Fernando VI apenas bastaban para defender nuestras costas de los insultos de los piratas: desde que el príncipe de nuestras paces con la Francia plantificó y propagó por la península el gran sistema liberal, introducían por todas partes el espanto y la victoria: nuestros enemigos acometidos aun en sus mismos puertos, cedían á la profunda política de Manolito el imperio de ambos mares: el elemento furioso se despojaba de su natural altivez, y sufría con gusto que nuestra gran nación lo gobernase: en Trafalgar se horrorizó al verse teñido en sangre á influxo del gran sistema: las potestades de Europa, no hallándose seguras sin la proteccion de Godoy se veían precisadas á humillarse, y venir á buscar asilo á los pies del serenísimo: en Madrid quedaban admirados al ver la profunda sabiduría liberal, y regresaban atónitos sin poder sondear ni aun traslucir el abismo inapeable de su política. ¡Tal fué la grandeza de la España desde que adoptó el gran sistema liberal! ¡Jamás había tenido ejércitos tan formidables! ¡Nunca había adelantado tanto en el arte de la guerra! Nuestros generales veteranos se humillaban en la presencia del serenísimo, se admiraban al ver reunidos en el grande patriarca lo sumo de la milicia, y lo mas perspicaz de la diplomacia. El patriarca Godoy, unido cordialmen-

te á la heroína de nuestro siglo, elevó á nuestra España hasta aquel punto de magestad y gloria á que jamas habia podido llegar baxo el gobierno servilón de los siglos anteriores. La España gobernada liberalmente por el incomparable Manolito, pasó á ser el espectáculo y admiracion de toda Europa. ¡Qué palacio no edificó en la Côte, donde juntas todas las maravillas de Italia y Asia parece venian á tributar respecto á su grandeza! Madrid, no solo se enriqueció como en otros tiempos Roma con el despojo de las demas naciones, sino con la destruccion de España misma: los hermanos liberales al lado, y exemplo de su dignísimo padre, de cada dia mas lucidos y brillantes, no solo hacian alarde de sobrepujar en magnificencia y currutaquisimo á todos los currutacos de París, sino en libertinage, impiedad, inmoralidad, insensatez y bellas dotes del alma, llamadas en Cádiz liberales, á quantos libertinos é impíos habian precedido en Francia: los discípulos fueron en esta ocasion mayores que sus maestros: los venerables hermanos, perfectos imitadores del gran padre, propagaban á competencia su imitacion en las provincias: mudáronse con esto las necias costumbres de nuestros mayores, substituyéndose las liberales, y no quedó mas sentimiento de la justicia y modestia de nuestros padres, que sus antiguos y respetables retratos, que al mismo tiempo que adornaban las paredes con silencio nos reprehendian.

Si hubiera de hablar como los nécios servilotes, abanzaria á decir, que el luxo, indefectible precursor de la miseria, al mismo tiempo que corrompia las costumbres, sacaba la raiz de nuestras riquezas, y la misma miseria que él habia produci-

do no era capaz de moderarlo : la perpetua inconstancia de los venerables hermanos queria pasar à ser genio de la naci3n , y la altanería pretendia hacer su gusto : los nobles españoles que tanto abominaban al patriarca y à sus liberales hijos, empezaban ya à querer tomarlos por modelo , y no solo cundia la corrupcion por el mal exemplo , sino que se aspiraba à la perfecta imitacion de sus virtudes. Esto se entiende , como dixe , si me hubiera de explicar à lo servil ; pero hablando à la liberala , es preciso confesar que aquí rayó la verdadera luz en el corazon de los españoles ; se propagó el buen gusto ; se disfrutó la verdadera libertad , y se poseyó aquella misma felicidad que con mayor plenitud percibe nuestro corazon en el dia. No negaremos que este cúmulo de bienes los disfrutó la España antes de la guerra con el Portugal ; pero tambien es preciso decir que con los nuevos triunfos que el incomparable héroe consiguió en los campos de Olivencia , y con el nuevo cuidado que aplicó para hacernos felices , si se puede decir así , nuestra elevacion y esplendor pasó mucho mas allà de lo sumo. No poco influia en todo esto la proximidad de la redencion liberal que nos enviaba el ángel tutelar de la nueva secta , y entraba ya por Irun y el Rosellon , puertas por donde ha entrado siempre el bien estar de la España. Los que estuvieron en Madrid en la época de que hablo , comprenderán la verdad de lo que digo ; la gloria de Jerusalem en tiempo de Salomon , fué sin duda muy inferior à la de nuestra Córte en este tiempo : ella empezó ent3nces à percibir los frutos del liberalismo , aunque no con la plenitud que en el dia. La navegacion , aunque no tan pujante como al presen-

te, extendió nuestro comercio por todas las quatro partes del mundo; y en el dia hemos hallado tambien el secreto no solo de continuarla baxo el mismo pié, sino añadirle nuevos aumentos: nuestras flotas, como las de Salomon, nos traian todos los años las riquezas del nuevo mundo: aquellas naciones que habitan las grandes islas, nos enviaban su plata y oro; y la familia liberal, presidida de Godoy, le correspondia enviándole, no la religion, moralidad é ilustracion religiosa como en antaño, sino la libertad del espíritu, el buen gusto de la moda, los medios de desterrar la probidad, y todo aquel conjunto de admirables virtudes y excelentes dotes del alma liberal, que el católico servilón llama vicios y desórdenes.

El comercio, que tanto se extendió por parte de afuera, se fomentó y perfeccionó por lo interior del reyno: en todo estaba el serenísimo. ¿Con que liberalidad premió los ingenios que inventaron alguna cosa útil ó adelantaron las artes? ¿Con cuánta profusion coadyuvó á los fabricantes, con cuánta sagacidad les sacó el numerario hasta dexarlos exhaustos para que adelantaran sus manufacturas, y progresaran las artes? ¿Quantos canales abrió superando las tierras y colinas, y cuántas dificultades se presentaban para que repartiendose y reuniendose oportunamente las aguas, recibieran las ciudades al pié de sus mismos muros los tributos y riquezas de las diversas provincias? Nada habia imposible para el príncipe de las paces: las mayores dificultades se allanaban á sus pies: todo cedia á la incomparable prudencia de la serenísima calavera. Para el reynado del gran Carlos IV, ó por decirlo mejor, de María Luisa, del venerable Godoy y her-

manos que le rodeaban , lumbreras actuales de esta gran ciudad de Cádiz , estaba únicamente reservado labrar aquella felicidad española que ni siquiera se hubieran atrevido á desear los anteriores siglos de la monarquía. El reynado del serenísimo fué reynado de prodigios: ni aun de imaginarlos fueron capaces nuestros padres , ni jamas podrá gloriarse la posteridad de disfrutarlos semejantes, salvo los dias en que vivimos , y los felicísimos que esperamos.

Sin embargo de todo esto , confio que el señor Redactor general de Cádiz se dignará permitirme , que como el Sr. Florez de Estrada avance á los futuros contingentes , y anuncie lo venidero ; es decir , anuncie sencillamente ciertos barlucos que tengo , y un olor que me va dando en las narices. Si se plantifica el gran sistema regenerador , si los genios liberales iluminan y deraman su influxo poderoso por esta grande nacion , nuestros sucesores serán aun mas felices que nosotros, y si olvidando á Fernando VII , á quien la familia liberal llama adorado , se plantifica en España la deseada república , la generacion que ha de venir no solo verá y disfrutará las delicias del adorado siglo de Godoy , sino otras sin comparacion mayores. Esta dicha envidiable à todo hombre de razon verificarse há , aunque rabie el servil fanático y majadero. Aquí exclama el católico imbuído de las ideas religiosas , ¡no permita Dios que mis hijos lleguen à aquel punto de grandeza à que nos elevó Godoy , ni disfruten aquella dicha liberal que se ha de comprar con la irreligion , con el vicio y con aquel conjunto de desórdenes en que nuestro siglo, ¡ay de mí! se va ya precipitando!

No tenían límite los cuidados del patriarca extremeño, ni de sus liberales coadjutores en propagar la gloria y el buen orden de este reyno Madrid, donde resplandecía el venerable hermano, como sol entre los astros del liberal firmamento, fué en aquel tiempo digna habitacion de las naciones de Europa; y encerrada en su seno, no solo lo mas admirable de la cofradia liberal, sino sobre lo mas despreciable del español servilismo, la rectitud del serenísimo hermano, concedió al crimen el derecho de seguridad; y si reinó sobre los bienes y personas de los madrileños, y de los demas españoles, poseyó su alma la indecible satisfaccion de *reynar en el corazon de todos*. Y aunque es verdad que los madrileños mas propensos al servilismo católico, que á la ilustración liberal, con muchísima frecuencia entonaban maldiciones en honor del serenísimo, y su liberal comparsa, y en los últimos pasos de su gloriosa carrera los dulces himnos de reniegos los oian hasta los sordos en la publicidad de las calles, léjos de argüir esto de mérito, ni eclipsar el resplandor de gloria del patriarca clarísimo, solo prueba exceso del servilismo de los majaderos españoles, y el odio mortal que profesan á la ilustracion, regeneracion y felicidad, dignos frutos del liberalismo.

CÁDIZ.

Imprenta de Lema, calle de S. Francisco núm. 47.

1813.